

¿Combatir o irse de Afganistán?

CARLOS NADAL

LA VANGUARDIA, 25.10.09

Ha costado dos meses aclarar que en las elecciones presidenciales de Afganistán hubo fraude. Un hecho suficiente para explicar el complejo entramado del conflicto planteado allí. Ha sido un reconocimiento oficial que tiene dos vertientes: por una parte es un éxito de la claridad democrática; por otra, el añadido de nuevas preocupaciones respecto a la posibilidad de llevar adelante algún tipo de normalidad política. Se prolonga todavía más un periodo de provisionalidad mientras en el país se intensifica y extiende la actividad bélica de los talibanes.

En esta tesitura las incógnitas, dudas y temores se agrandan. También la necesidad de plantear preguntas acuciantes. A partir de algo tan esencial como saber en qué tipo de guerra se combate. Y, por tanto, con qué medios, con qué fines se realiza. Y, todavía peor, si conviene ir pensando en retirarse o, por el contrario, es urgente enviar todavía más tropas, una cuestión que cada vez es de mayor actualidad en los centros decisorios políticos y militares de Estados Unidos y los 41 estados que participan en las operaciones militares.

Después de ocho años de guerra, los talibanes dominan un 70 por ciento del territorio y Afganistán está muy lejos de haber alcanzado la estabilidad, un orden, una auténtica entidad estatal. La presidencia de Karzai ha sido un exponente de esta poco esperanzadora realidad. Su incapacidad como presidente, su falta de real autoridad política y moral

han perjudicado más que ayudado en la labor de afianzamiento de unas fiables y eficaces instituciones públicas.

No hay que engañarse. Las operaciones militares para acabar con los talibanes no dan resultado. Menos todavía, el propósito de crear un Afganistán democrático. Tal vez ni una ni otra cosa han sido posibles hasta ahora porque el enfoque de la cuestión ha sido equivocado. Los más altos responsables de la acción estadounidense en Afganistán son actualmente gente de gran preparación y no se equivocan respecto a esta evidencia. Los generales David Petraeus, encargado de las operaciones en Afganistán y Pakistán, y Stanley McChrystal, al mando de las tropas en territorio afgano, o el diplomático de probada experiencia Richard Holbrooke saben a qué se enfrentan.

McChrystal habla de que la lucha no es una guerra con un solo enemigo perfectamente discernible, sino el enfrentamiento contra "una confederación de insurrecciones", un inaprensible conglomerado de entidades tribales, clanes, grupos constituidos en torno a diversos caudillajes y situados en variados asentamientos locales o regionales. Y propone trabajar sobre el terreno, buscando acercamientos interesados, fomentando discrepancias. Es decir, recomienda partir de la realidad impenetrable y coriácea del país contra la que se estrellaron antaño los ingleses y en los años ochenta del siglo XX el poderoso ejército ruso. Lo cual posiblemente conduce a la convicción de que es recomendable renunciar a convertir Afganistán en un Estado de características modernas a la manera occidental. Yala posibilidad de ni siquiera pretender la eliminación política de los talibanes.

Con esto supuestos, la acción militar se pone en entredicho. El secretario

norteamericano de Defensa, Robert Gates, lo expuso al decir: "Más recursos no hacen que vayamos a ganar la guerra pero la falta de ellos puede hacer que la perdamos". Es la gran vacilación, la dubitativa opción que cae sobre los hombros de Obama. Un incierto vamos decididamente a por ellos o un arriesgado y claudicante no hay más remedio que llegar a un arreglo, prendido con alfileres.

Existe aquel objetivo tan cantado de afganizar la solución política y militarmente. ¿Pero, qué quiere decir? Si se trata de que los afganos se hagan responsables de estabilizar el país, la figura de Karzai y las incidencias de las elecciones presidenciales dan la medida de lo casi imposible que es la empresa de regularizar la vida de este país, sanearlo, pacificarlo.

¿Pero puede cerrarse en falso el conflicto, dejar Afganistán abierto al retorno al poder de los talibanes? Si se mira lo que ocurre en el vecino Pakistán, las consecuencias de hacerlo aparecen con más intensa gravedad. No sólo allí los talibanes ponen en jaque la capacidad del ejército pakistaní en la zona tribal fronteriza, sino que golpean con duros actos terroristas en las ciudades de Peshawar, Rawalpindi, Lahore y la capital Islamabad, creando una situación de inseguridad generalizada en un país que dispone de armas nucleares, muy minado por el islamismo radical, donde los servicios de inteligencia, el ISI, siempre se mueven entre dos aguas y el ejército no acaba de estar convencido de que su objetivo sea combatir a la guerrilla radical de los talibanes.

Yahí está la estremecedora cuestión de fondo: decidir sobre Afganistán es no sólo hacerlo sobre si cerrar o dejar abierto un profundo foso en el

llamado Gran Oriente Medio, sino, casi inevitablemente, acentuar la incertidumbre respecto al futuro de Pakistán.